

**El testimonio de los hijos de desaparecidos argentinos:
un *corpus* creciente**

Eleonora Bertranou

College of Saint Benedict & Saint John's University

Introducción

Aproximadamente la mitad de la población argentina actual no tiene la experiencia de haber existido bajo una dictadura mientras que las mayores vivieron varias. La generación que hoy tiene entre 40 y 55 años pasó por la última en su niñez y adolescencia. ¿Cómo cambia la experiencia democrática la relación que los ciudadanos tienen con el discurso que reclama memoria, verdad, y justicia que transmiten las organizaciones de derechos humanos? ¿Qué efecto tendrá el transcurso del tiempo y la distancia de los años de la represión? ¿Cómo se comunica en el presente, a más de cuarenta años del último golpe cívico-militar, la sistematización de la tortura y la desaparición de personas que llevó a cabo ese régimen? Para abordar estas preguntas propongo la lectura y el análisis del creciente *corpus* de testimonios de los hijos de desaparecidos de esa dictadura por ser éstos, víctimas indirectas, quienes con su experiencia y su perspectiva singular nos hacen tomar conciencia de la gravedad de los delitos de lesa humanidad. Hacia adentro de las familias que fueron reprimidas, el dolor, como también el recuerdo, se transmiten de generación en generación. El testimonio de los hijos interpela a la sociedad para repensar la historia reciente y reconocer que todavía se viven los efectos de las violaciones a los derechos humanos de esa época.

Es notorio que, en la Argentina, los hijos de desaparecidos son un tema presente desde su existencia como tales. Las Abuelas de Plaza de Mayo publicaron su primera solicitada el 5 de agosto de 1978 en el diario *La Prensa*. El informe *Nunca Más* de 1984 lo incluye en secciones pertinentes a la familia. La aclamada película *La historia oficial* (1985) retrata el caso de una bebé apropiada. La agrupación H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) se formó en 1995 y sus escraches públicos a genocidas los hicieron conocidos a la población general a través de los medios. Sin embargo, sólo recientemente el testimonio de la experiencia de vida de esa generación está disponible. Los textos a los que me refiero son *Hijos del sur* de Noemí Ciollaro (2014); *Hijos de la Argentina* de Analía Sivak (2015); y *Huellas: voces y trazos de nuestra memoria* de autores varios (2017); y la segunda edición de *Ni el flaco perdón de dios* de Juan Gelman y Mara La Madrid (1997, 2017). Además, analizo a *Hijos de los 70* de Carolina Arenes y Astrid Pikielny (2016), que incluye entre sus veintitrés historias, basadas en testimonios, a las de siete hijos de desaparecidos.

A diferencia de padres, madres, abuelas, y abuelos de los desaparecidos, los hijos tienen que imaginar quiénes fueron sus progenitores, habiendo aprendido muy poco sobre ellos en la infancia. Ésta transcurrió durante la peligrosidad de la dictadura que terminó en 1983, y los convulsionados años de la apertura democrática desde entonces. A pesar de su valor, poco se ha trabajado la singularidad del testimonio de los hijos de desaparecidos. Las narrativas testimoniales se caracterizan por articular y hacer pública una experiencia colectiva que trata sobre alguna injusticia o daño de seria gravedad, típicamente no reparado. Los publicados en los últimos años permiten comenzar el análisis del recorrido que los hijos han trazado desde la niñez. El amplio arco de experiencias que relatan se resiste a generalizaciones, aunque nos permite aprender desde su perspectiva en común, ya que son narradores de la historia argentina con una sensibilidad aguda. Cuando los hijos de desaparecidos indagan sobre la vida y la muerte de sus padres inevitablemente descubren algún tipo de militancia y el horror de la represión estatal. La clandestinidad de ambas, la militancia y la represión, hace muy difícil encontrar respuestas completas y satisfactorias. Esto obliga a muchos hijos a buscar protagonistas sobrevivientes que les hablen de la militancia de sus padres y a reclamar al Estado la investigación sobre su secuestro y desaparición. Por lo cual los hijos deben aprender tareas propias de un historiador comprometido con la verdad. Deben reconciliar ciertas decisiones de sus padres con el ideario de las décadas en que vivieron. Deben exigir que la investigación judicial continúe cuando los gobiernos de turno dificultan el avance de esos procesos. Los testimonios de hijos ponen en evidencia

ese trabajo de investigadores que han iniciado. Por eso su indagación cumple con las características principales del narrador de sucesos históricos recientes. La necesidad de un hijo de saber quiénes fueron sus padres y, especialmente, cómo y por qué desaparecieron puede variar a través de los años, pero nunca va a cesar. De hecho, para muchos se ha intensificado a medida que han llegado a ser adultos y progenitores ellos mismos.

Publicado en 1997 en Buenos Aires y editado por Juan Gelman y Mara La Madrid, *Ni el flaco perdón de dios* se instala como la narrativa testimonial más importante de la generación de los hijos de desaparecidos argentinos. Este texto pionero transcribe treinta y cuatro testimonios de hijos que tenían entre 17 y 38 años cuando en 1995, a raíz del surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S., respondieron al llamado de los autores para dar sus relatos personales. Sus editores logran lo que se aclara en uno de sus epígrafes, “mostrar, no demostrar” (15) al preservar en su cuidada edición la oralidad característica del género testimonial, decidiendo no intervenir en el texto sino dejar que hablaran los hijos mismos. *Ni el flaco perdón de dios* es parte de una narrativa histórica que cumple la función de establecer una línea de testimonio dentro de los parámetros de los grupos de derechos humanos ya reconocidos en la Argentina de “decir la verdad al poder” (“*speake truth to power*”), ofreciendo historias personales de mucho sufrimiento que al mismo tiempo expresan fuertes convicciones en contra de la impunidad de los crímenes de lesa humanidad, tal como imperaba a mediados de la década de los 90. Este texto es el *Nunca más* de los hijos y su segunda edición, a veinte años de la primera, el que cimienta esa posición y reputación porque da valor e importancia al testimonio de la generación más joven de las víctimas del Estado. Incluye, intercalados entre los testimonios de hijos, breves capítulos escritos por defensores de los derechos humanos en la Argentina, tales como representantes de Madres de Plaza de Mayo, Eduardo Mignone, y de investigadores con renombre como Horacio Verbitsky, Pilar Calveiro, y otros, que complementan desde sus experiencias y conocimiento el complejo cuadro sociopolítico de la época. Estos también aportan evidencia adicional sobre la experiencia de los hijos en contacto con trabajadores de los derechos humanos y propugnan la contribución que hacen sus testimonios.

En *Hijos del sur* (2014), los trece testimonios recogidos por Noemí Ciollaro pertenecen a familias de la zona de Quilmes, al sur de la ciudad de Buenos Aires. Se refleja en las palabras de este grupo de hijos la gravedad de la represión en la clase obrera del conurbano. Muchos de ellos no habían indagado en su pasado hasta recientemente. Con la llegada de ex-militantes a la gobernación del municipio y su

subsecretaría de Derechos Humanos se implementó una política de reparación que incluyó contactar a familiares de desaparecidos para que buscaran y recibieran información pertinente a su situación de hijos de víctimas de la represión estatal. Como enfoque en hijos de una localidad geográficamente delimitada, las historias de estas familias quebradas por asesinatos, detenciones, desapariciones, allanamientos, y acoso prolongado muestran a una población particularmente vulnerable a ser marginada de la narración de esos años de la historia.

Hijos de la Argentina: donde quiera que estén... (2015), de Analía Sivak, consiste en nueve testimonios de hijos de desaparecidos que vivieron en España. La autora tiene acceso a ellos a través del paso que hicieron por la agrupación H.I.J.O.S. en Madrid. Aunque para algunos esa militancia es cuestión del pasado, ha dejado en ellos la voluntad de dar testimonio sobre sus vidas y la militancia. La complejidad de la experiencia del exilio se transcribe de varias formas en sus historias. Lejos del país de sus padres que desaparecieron, sus visitas a la Argentina o los intentos por regresar a vivir los mantienen deseosos pero indecisos ante la posibilidad de arraigarse definitivamente.

Huellas: voces y trazos de nuestra memoria (2017) es un texto formado por narrativas testimoniales redactadas independientemente por cada uno de los cinco hijos autores del libro: Eugenia Azurmendi, Esteban Lorenzano, Martín Elías, Felipe Fernández y Paula Silva Testa; ilustrados por María Giuffra, también hija de desaparecidos. Sus contribuciones no están basadas en entrevistas, como los textos anteriores. Son redacciones de recuerdos a partir de la niñez. Como tales se presentan más maduros y reflexivos que los precedentes. Transmiten cierta serenidad incomparable y los dibujos de niños con padres o abuelos proponen una estética del amor de familia. Cada hijo comparte no solo el dolor que causa la pérdida del afecto de sus padres sino también su capacidad de adaptación.

En *Hijos de los 70* (2016) las periodistas Carolina Arenes y Astrid Pikielny incluyen en las veintitrés historias de hijos a otros protagonistas o víctimas de los años 70, como represores encarcelados o personas asesinadas por la guerrilla. Siete del total son hijos de desaparecidos o asesinados por las fuerzas del Estado y solo uno es miembro de la agrupación H.I.J.O.S. El subtítulo del texto, “Historias de la generación que heredó la tragedia argentina”, amplía la concepción establecida sobre quiénes sufrieron el caos de esos años intentando romper la asociación directa entre el término “hijos” con los desaparecidos por la dictadura. En el prólogo proponen una “memoria polifónica” y “no binaria” que aporte perspectivas más vastas para entender las

consecuencias de aquella época. En su amplitud de criterio logran desenmascarar la absurda defensa que hacen algunos hijos de militares del accionar de sus padres y la agonía de quienes rechazan sus métodos. También expone la convincente necesidad de los hijos de los asesinados por la guerrilla a buscar respuestas sobre las acciones de la izquierda armada que terminaron con la vida de sus padres. No incluye ninguna historia de niños apropiados, quizás porque son las historias que más repercuten en los medios masivos del país, aunque no lo aclaran. Que las autoras entrevistaran a muchos otros más que decidieron no continuar el diálogo o no ser incluidos después de haber iniciado el proceso de dar testimonio, nos da una idea del miedo, vergüenza, y autocensura que aún vive la generación que fue forzada a ser parte de una historia trágica. También nos da una idea de la valentía de quienes sí han dado su testimonio para ser publicado.

Por otro lado, Andrés Jaroslavsky publicó, en inglés, el libro *The Future of Memory* (2003), que recoge breves y muy recortadas entrevistas con alrededor de 30 jóvenes y adultos que desde la niñez vivieron la detención, desaparición, muerte o exilio de sus familias. El autor complementa las historias testimoniales con una amplia diversidad de documentos históricos, sean noticias de prensa, declaraciones de militares o eclesiásticos, citas de informes oficiales, o fuentes judiciales.

Los testimonios

Al dar testimonio, los hijos construyen un relato sobre sus vidas en relación con la desaparición de sus padres, basado en recuerdos iluminados por la experiencia del presente. Al mismo tiempo, el presente está siempre atravesado por las relecturas de la historia. Por ello se entiende que este tipo de testimonio, que recorre décadas de vivencias personales y colectivas, no es un simple recuento de hechos a verificar, sino el relato de experiencias traumáticas. Éstas fueron causadas por la ejecución de un horrendo plan para el exterminio de personas que incluyó la tortura previa en centros clandestinos de detención y la desaparición de sus cuerpos, con la intención de ocultar cualquier información sobre el destino de las mismas a sus familiares.

El género testimonial y la problematización del concepto de la verdad tienen una larga trayectoria en América Latina. Si bien los hijos de desaparecidos dan su testimonio al margen de los cuestionamientos a los que se ha sometido al género, vale la pena mencionar que ninguno de ellos se auto propone como autoridad en el tema sino muchas veces. Por el contrario, admiten estar en un proceso de aprendizaje sobre el contexto que marcó trágicamente a sus familias. Todos los contribuyentes fueron contactados para relatar su experiencia personal, la de niños hijos de desaparecidos, y

ser parte de una publicación que incluye varias voces. El carácter colectivo de los cinco textos permite el tipo de análisis que expongo a continuación.¹

Los recuerdos de las experiencias vividas por los hijos de desaparecidos se pueden organizar en tres niveles. Primero, el nivel íntimo del descubrimiento personal de una vida sin padre o padres y la reconstrucción imaginaria de esa experiencia en que se reconocen ilusiones, deseos, fantasías e idealizaciones. El segundo nivel está formado por los recuerdos del ámbito privado de la relación de los hijos con los miembros de la familia que los ha criado después de la desaparición de uno o ambos padres. Es decir, la relación con los miembros de la familia que comparten el conocimiento de la desaparición. Aunque para algunos está plagado de silencios, se caracteriza por ser un entorno seguro y de confianza. El tercer nivel es el de los recuerdos relatados sobre la experiencia en el ámbito público, como el vecindario, la escuela y los espacios donde interactuaban con personas de las que se desconocía su opinión política. Estos espacios se definen por ser de gran vulnerabilidad, riesgo y hasta peligrosidad durante la dictadura, así como de inseguridad, rechazo y prejuicio en los años de la pos-dictadura.

Los temas comunes que atraviesan los testimonios de los hijos de desaparecidos sobre su experiencia como tales son: el secuestro del padre y/o madre desaparecido/a; los años de infancia a cargo de familiares como el progenitor sobreviviente, abuelos o tíos; cómo protegían su historia personal fuera del ambiente privado de la familia; cómo y cuándo supieron sobre la desaparición; cómo se trató el tema dentro y fuera de la familia; y cómo conocieron la historia personal y militante de sus padres. Algunos también relatan cómo conocieron a otros hijos de desaparecidos a partir de la formación de la organización H.I.J.O.S. y el impacto que esto tuvo en sus vidas; cómo han vivido y/o participado en los juicios a represores y cómo transmitir su historia familiar a sus propios hijos.

Los hijos de desaparecidos relatan cómo vivieron y asumieron la ambigüedad de la desaparición de sus padres imitando y repitiendo el silencio y la autocensura que practicaban sus familias y la sociedad en general. Débora Munczeck señala que la represión política y psicológica enmudece a las personas (183). El silencio es un tema ubicuo en estos testimonios. Según expertos de salud mental, el impacto psicológico de la represión política en los hijos de desaparecidos y asesinados es profundo y

¹ John Beverley es uno de los académicos más reconocidos que ha escrito sobre el testimonio y las políticas de la verdad. En sus textos defiende al sujeto subalterno que da testimonio y responde a quienes, como Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado*, subestiman su valor haciendo un 'giro neoconservador' en su desprecio.

perdurable, incluso para los que fueron criados con el mayor cuidado y amor de abuelos u otros familiares. Debemos recordar que el niño no es el único miembro traumatizado, también lo fue el resto de la familia. Sin embargo, para el niño el sentido de pérdida, de horror, de confusión, de injusticia, de dolor por la ausencia de un cierre o fin que no puede deshacer o aportar de sí mismos, es el conflicto central (Munczeck). Las limitaciones cognitivas de la edad para comprender y asimilar el evento dan pie a mecanismos defensivos. Crecer en un ambiente totalmente influenciado por el trágico hecho de la desaparición de un progenitor es agravado por las características del ambiente social de represión, miedo y censura que mantuvo la dictadura militar durante todo su régimen. Este ambiente represivo no se suspende automáticamente con elecciones democráticas, sino que continúa actuando en la psiquis de los ciudadanos afectando a todo el tejido social, pero especialmente a los familiares de desaparecidos.

Además, los hijos mencionan repetidamente sentimientos en común que son emocionalmente difíciles de asumir, pero inevitables con el transcurso del tiempo. Esas transiciones son especies de umbrales en el tiempo que les generan reflexionar aún más sobre quiénes son, a veces hasta el punto de crear crisis de identidad y de llegar a tomar pasos que habían delegado hasta entonces. Son: la aflicción de alcanzar la edad en que el progenitor desapareció; el reconocimiento personal de la muerte del padre y/o madre desaparecidos que pone fin a la ilusión de su retorno, la cual los ha acompañado por largo tiempo; y el llegar a la paternidad/maternidad ellos mismos.

La identificación que hacen con el padre o la madre pierde su referente al sobrepasar la edad en que murieron. Tal parece que la anticipación de llegar a esa edad se remonta en el tiempo desde que fueron conscientes del dato: la joven edad de sus padres al ser detenidos-desaparecidos. Una de ellas, Andrea, dice: “Para mí, como hija de desaparecida, es un tema el de la maternidad. El otro es el de alcanzar su edad. . . me estoy cuestionando si puedo pasar el límite de edad de mi madre, si puedo traspasarla y seguir viva, si una hija puede desafiar a la madre” (Gelman, 419). En el reflejo de haber cumplido la edad que sus padres tenían cuando desaparecieron no pueden evitar la comparación con lo que han llegado a ser en esa misma etapa de la vida. Para algunos la militancia en H.I.J.O.S. cumple con el deseo que proyectan de sus padres, cuyas vidas definieron en la acción militante. Esto se conjuga con la paternidad/maternidad como meta emocionalmente compleja. Eugenia escribe: “Cuando cumplí 27 años me di cuenta de que ya iba a ser más grande que mi mamá. Fue extraño. Fue como no saber cómo seguir. Fueron las ganas de ser madre también” (Azurmendi, 23). Juan Diego, que vive en España desde que partió al exilio de niño, lo expresa así: “Hay algo que

sabía, que anticipaba que iba a ser importante y no sé si traumático, pero sí sorprendente, y era ser más viejo de lo que nunca fue mi padre. Supongo que por eso volví con 27 años a Argentina y no más tarde” (Sivak, 148). Ernesto, el menor de diez hijos que tenía cinco meses cuando desapareció su padre, expresa cómo el nacimiento de su hija lo llevó a buscar la historia de su progenitor: “El único que se ocupó de reconstruir toda la historia de mi papá fui yo: yo solo, tratando de rearmar mi identidad. Y me siento como nacido en cautiverio, es como que no tengo armada mi propia historia. Hace seis años que empecé con todo esto, fue cuando nació mi nena, me explotó la cabeza” (Ciollaro, 61). Mariano, quien perdió a su padre, tíos y abuelos, sintió la fatalidad asociada a su familia entera y creció pensando que nunca llegaría a superar la edad de su progenitor. Cuando la sobrepasó se dio cuenta que iba a ser adulto (Arenes, 234).

También repercute fuertemente en ellos la muerte de sus abuelos o su anticipación, especialmente cuando éstos ejercieron como padres sustitutos. El fallecimiento de abuelos representa la pérdida de la figura paternal o maternal por segunda vez y la extensión del sentimiento de orfandad que les llegó primero de niños y se repite nuevamente como adultos. Esteban dice: “Yo a la que necesito es a mi abuela; la idea que me aterroriza a mí es pensar que ya no la tengo a ella, eso me da miedo ahora, mi abuela con suerte se estira” (Gelman, 88). Por otro lado, Felipe dedica gran parte de su testimonio a la relación que tuvo con su abuelo y la necesidad de atenderlo personalmente en sus últimos días antes de morir a los 92 años (Azurmendi, 55-66). Asimismo, el tener su primer bebé los propulsa al lugar emocional de la orfandad, la cual es un cúmulo de sentimientos. Mariano, que estaba por ser papá, dice: “Estoy digiriendo un poco cómo será la historia de mi hijo con sus abuelos. . . Están muertos, pero tuvieron una existencia real, una historia real hasta tal año de sus vidas” (Gelman, 244).

Los hijos de desaparecidos hacen un esfuerzo mental extraordinario para recordar cómo eran sus padres antes de ser víctimas de la represión. Esteban escribe: “Yo tenía 5 años la última vez que la vi, y hasta su recuerdo me sacó la dictadura: tengo un bloqueo mental que me impide acordarme de nada que haya pasado ese día y todos los anteriores” (Azurmendi, 36). La falta de recuerdos propios de sus padres genera impotencia y tristeza. A pesar de que muchos fueron testigos del secuestro, por su corta edad y el impacto de los hechos, no pueden activar ningún recuerdo de sus padres. Sin embargo, sus familiares han podido dar evidencia del trauma que esos niños testigos sufrieron ya que demostraban revivir eventos cuando en ocasiones la memoria los

reactivaba. Uno entre muchos ejemplos es el de Carolina y su hermana: “Un día, en un paseo por el zoológico de Buenos Aires, llamaron por los parlantes a un empleado del lugar. Con ese sonido, a mi hermana y a mí nos agarró un ataque de llanto. Mamá nos explicó que cuando fue el operativo en casa habían gritado por el megáfono que salga tal, y los gritos. . . Ese tipo de cosas que uno piensa que no están, pero las secuelas quedan, son impactos físicos y de memoria que tiene el cuerpo” (Sivak, 61).

Muchos hijos mencionan el haber tenido que mentir sobre la desaparición de sus padres en el ámbito público, especialmente en la escuela. Algunos lo hacían a pedido de su familia y por razones de seguridad, pero otros admiten una variedad de razones por las cuales no querían mencionar lo que no entendían ellos mismos. Típicamente encubrían la desaparición con la muerte en un accidente automovilístico. El impacto de tener que inventar una historia falsa y sostenerla por años en un espacio de tal importancia para un niño como es la escuela ha quedado fuertemente marcado en sus memorias. Aunque entendían la necesidad de hacerlo como medida de precaución, de alguna forma el testimonio libera de esa carga a aquellos niños ahora adultos. Alexis cuenta que en reuniones de H.I.J.O.S.: “Era gracioso porque nos contábamos las mentiras que habíamos dicho durante tanto tiempo. Había un chico. . . que contaba que su papá había muerto por saturnismo. . . Nos ayudaba un poco. . . porque no habíamos podido compartirlo” (Sivak, 40).

Otro asunto mencionado frecuentemente por los hijos es haber guardado durante mucho tiempo la esperanza de que el progenitor desaparecido regresaría. Este deseo hecho fantasía tiene varias fuentes. Comienza cuando posteriormente a la desaparición física, método de represión que no se había usado en previos gobiernos *de facto*, los familiares no se resignaban a que fuera definitiva. El accionar del gobierno responsable prolongó la desinformación y la confusión a los familiares sobre el destino final de los desaparecidos. La falta de información sobre el paradero de quienes habían sido secuestrados de sus hogares, lugar de trabajo o la vía pública, se contraponía a cualquier certeza sobre la muerte. Estas situaciones fomentan en el ser humano creer en la probabilidad de la vida y al mismo tiempo temer la confirmación de la muerte. La imposibilidad de una resolución y no poder iniciar el duelo crea un conflicto por la necesidad inconsciente de terminar con la ambigüedad. Naturalmente la imaginación de un niño se aferra a la posibilidad de vida. Escribe Eugenia sobre sus padres detenidos desaparecidos cuando tenía dos años: “No sé muy bien cómo, pero me fui haciendo a la idea de que iban a volver y empecé a esperarlos. A mirar por la ventana soñando el día en que los viera entrar por el portón blanco de la casa. . . O imaginaba encontrarlos

en la calle” (Azurmendi, 20). Incluso para aquellos que se criaron en hogares que abandonaron la esperanza del regreso con vida al finalizar la dictadura y luego de la investigación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), aún mantenían la ilusión de que no hubieran sido asesinados. Juan Diego cuenta que imaginó que su padre regresaba durante toda su infancia y que tardó veinte años en asumir su muerte: “Fantaseaba con que íbamos de vacaciones a algún sitio y nos encontrábamos, que doblaba en una esquina y me lo encontraba. Veía a un tipo con el pelo rizado y pensaba que podía ser él” (Sivak, 147). En el caso de Josefina, la fuente fue su propia abuela: “Mi abuela me dijo todos los días de mi vida: ‘Cuando tu mamá vuelva’ y empecé a creer que mi mamá era una especie de ángel que vivía en España y que iba a venir a rescatarme” (Gelman, 359).

El problema más reiterado es el silenciamiento dentro de la familia sobre el tema de la desaparición de sus padres. Este silencio es a veces un tabú autoimpuesto para no causar dolor a los familiares, especialmente a sus abuelos, o lo instalan los mismos familiares, a veces del lado paterno o materno, según se responsabiliza al secuestrado de la familia política por su desaparición. Los hijos que han vivido ese tabú lo explican como un impedimento para el acceso a la verdad que quisieran alcanzar sobre sus progenitores, además de evidenciar relaciones intrafamiliares conflictivas. Varios de ellos lo mencionan como un pacto de silencio tácito dentro de las familias mismas. Las conversaciones sobre los detalles de la desaparición de sus padres son un tema que muchos hijos evitan desde niños para no causar dolor o malestar, incluso entre hermanos. Según Hebe de Bonafini, “los que supieron todo desde el principio y están orgullosos de sus padres son los más fuertes, los más claros. Los otros comienzan a estar un poco mejor a partir de escuchar a los compañeros” (Gelman, 64). De forma similar se refiere a esto Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado* (2004) cuando comenta los testimonios aparecidos en el texto de Gelman (156-157).² Pero las generalizaciones en cuanto al tema del silencio como divisorio entre los hijos que manifiestan mayor o menor bienestar tendrían demasiadas excepciones en los textos analizados en este trabajo.

El libro de Gelman y La Madrid comienza con el testimonio de dos hermanas llevadas al exilio en París por su madre después de estar presa por siete años en Buenos

² En *Tiempo pasado* (2004) Sarlo reconoce el trabajo académico de sobrevivientes de la represión estatal que relatan su experiencia como víctimas tomando distancia de ella, pero caracteriza la valoración del testimonio, en general, como un ‘giro subjetivo’ perjudicial para el análisis de los temas que abarcan.

Aires. El padre había sido secuestrado en 1975. Su experiencia contiene varios de los elementos comunes a las historias de esta generación de hijos, pero con la fortuita resolución de haber encontrado los restos del progenitor asesinado después de su secuestro, que había sido enterrado como NN en el cementerio local. Estas hijas, a pesar de ser hermanas, sufrieron el encarcelamiento de la madre y el secuestro del padre de forma diferida ya que la menor nació luego de que su madre fuera presa sin tener recuerdos de su padre. La mayor conserva los recuerdos de su padre, quien la visitaba esporádicamente en la casa de la abuela materna que la criara durante los años en prisión de su madre, pero fue testigo de las torturas que recibió estando embarazada cuando fue detenida. El recuerdo de los padres desaparecidos en imágenes reales altera la experiencia entre hermanos hijos de desaparecidos y define la construcción de la identidad del niño. La hija mayor que tiene recuerdos de su padre llega a la crisis de identidad antes y decide hacer la búsqueda de información sobre el paradero de su padre, independientemente de su hermana, quien la va a necesitar de igual manera, pero no simultáneamente.

Además, el caso de estas hermanas contiene el conflicto de familia que generó, como para muchos hijos, recibir información falsa por parte de un familiar. La abuela materna, debido al rechazo que sentía por la pareja de su hija, les repitió por años que el padre vivía en Brasil. Ya victimizados por el Estado asesino, hubo hijos que fueron nuevamente heridos emocionalmente por familiares que les mentían sobre sus progenitores. Estas jóvenes cuentan que tuvieron que desarmar la identidad de su padre que les había dado esta abuela durante la infancia. La búsqueda que inicia la hermana mayor, regresando a la Argentina desde el exilio forzado de su madre al ser liberada de la cárcel en 1981, es emblemático del recorrido que deben hacer los hijos para reconstruir no solo el final trágico de sus padres, sino los pedazos sueltos de la identidad que por fuera de la familia nuclear le pueden ofrecer parientes, amigos y compañeros de instituciones educativas, militancia y cautiverio, cuando estos existen y pueden ser localizados. Quizá ellas, por vivir años formativos en el exilio, lejos de la dictadura argentina, tuvieron el beneficio de borrar el temor a contactar gente y hacer preguntas. Para muchos otros hijos, que fueron víctimas de la sociedad reprimida y atemorizada por el régimen dictatorial y los años subsiguientes, esa búsqueda comenzó mucho más tarde y sus resultados varían de caso en caso, como muestran sus historias.

El 50% de los testimonios publicados en estos textos pertenecen a hijos que han pasado o militan en la agrupación H.I.J.O.S. El dato es significativo en el análisis de sus testimonios. H.I.J.O.S. se formó en 1995 a raíz de homenajes a desaparecidos

que se hicieron en la Universidad Nacional de La Plata. Sus fundadores decidieron que fuera una organización horizontal, sin presidentes ni jerarquías, que toma decisiones en asambleas y por consenso. Tiene una Red Nacional con agrupaciones en varias ciudades del país. Los objetivos de H.I.J.O.S. son lograr justicia por los crímenes de la dictadura, informar al público sobre la historia reciente y mantener la memoria viva, así como recuperar la identidad de los hijos apropiados que aún no han sido encontrados. Por lo tanto, son militantes con cierta formación personal para dar testimonio.

La participación en H.I.J.O.S. es una experiencia positiva y reparatoria, aun para quienes fue temporaria. La contención que les provee la organización como lugar en donde compartir con sus pares las experiencias de vida, tiene el valor de darles la oportunidad de descargar un dolor contenido por mucho tiempo. De sus formas de manifestación más notorias se destacan los escraches,³ que organizaban más frecuentemente durante los primeros años de actividad.

Como organización de derechos humanos en un país donde ya existía un buen número, H.I.J.O.S. nace emparentada con sus predecesoras, pero con características y visibilidad propias. Es una agrupación que surge cuando la mayoría de sus miembros llegan a la mayoría de edad, y naturalmente, necesitan representatividad propia e independiente de la que nuclea a sus abuelos, tíos, ex detenidos. Comparten los mismos reclamos al Estado responsable de los crímenes de lesa humanidad, pero su perspectiva y su experiencia se manifiesta con otras voces. Sus miembros modifican el modelo de justicia poniendo énfasis en la condena social que, para ellos, depende de la propia sociedad y su toma de conciencia. H.I.J.O.S. afirma su filiación, pero dado el contexto social en que sus miembros crecieron y el entorno en que se agrupan a mediados de la década del 90, se posiciona y genera combatiendo el acecho a la identidad que es parte de su origen. A pesar de que la Argentina es un país líder en organizaciones de derechos humanos e hizo avances significativos en justicia transicional, relativo a otros con pasados de violaciones similares, H.I.J.O.S. se organiza para cerrar brechas en el tema de justicia y llenar faltas en la memoria colectiva.

Los hijos de desaparecidos no pudieron participar del “momento de acción” que movió a muchos de los padres de desaparecidos a buscar a sus hijos tras su repentino secuestro y prolongada ausencia (Da Silva Catela). Siendo la mayoría de ellos niños, los hijos sufrieron el trauma de otros familiares, pero con una capacidad aún no

³ El escrache es un acto popular que denuncia a una persona, a la que se acusa de haber cometido delitos graves, y se realiza frente a su domicilio o lugar público donde concurre el denunciado.

desarrollada para racionalizarlos. Por lo tanto, absorbieron todas las consecuencias adversas de los momentos de crisis, desesperación, falta y desilusión. Sin embargo, no pudieron, como niños, unirse al momento de acción de grupos de derechos humanos como el de las madres y otros familiares, para quienes el activismo se convirtió en una forma de darles sentido a sus vidas y tuvo un efecto reparador. Cuando los descendientes forman H.I.J.O.S. imprimen esa experiencia en sus modos de organizarse y proyectarse.

El testimonio de los hijos de desaparecidos en la Argentina constituye el trabajo de investigación del pasado reciente del proto-historiador de nuestros tiempos. Cumple con las tareas más importantes que revelan un pasado vedado a las generaciones herederas del silencio que impuso la dictadura. Cuando los hijos investigan y buscan quiénes fueron sus padres desaparecidos han contextualizado a ese ser humano en los trágicos años que engloban a la dictadura. Deben entender quiénes fueron los protagonistas de esa época y por qué secuestraron y desaparecieron a sus progenitores. Cuando lo hacen aprenden sobre la militancia de una juventud politizada y comprometida con cambios sociales, además de la opción de algunos de ellos de perseguir esas ideas por la vía armada. La búsqueda que describen los lleva a hablar con personas de la generación de sus padres y abuelos. Quieren escuchar las historias de quienes conocieron a sus padres desde la infancia y a través de cada etapa de sus vidas hasta el secuestro e, incluso, el cautiverio en centros clandestinos. Piden ver fotos, cartas, saber qué leían, qué hacían y qué pensaban. Los hijos salen del círculo familiar porque tienen que romper los silencios y los tabúes de la esfera privada y sus miedos. No son objetivos porque su búsqueda es por la verdad de su origen, porque la parte de su identidad perdida la necesita. Pero no eligieron la militancia de sus padres y sus metas son independientes de la identidad política que tuvieron sus progenitores. La trayectoria que hacen es paralela a la tragedia argentina y la reconstrucción es la que da sentido a su presente. El terror, la censura y el silencio se instalaron por casi ocho años y transformaron la sociedad. Los temas que no se podían discutir ni en la escuela ni en el hogar ni en los medios todavía son difíciles de debatir. Si bien la dictadura terminó hace décadas, su efecto continúa socavando las posibilidades de un diálogo abierto sobre el pasado reciente. Por lo tanto, cualquier ciudadano argentino que heredó el silencio, para conocer la historia debe partir del mismo punto que un hijo de desaparecidos. Debe emprender su aprendizaje de *modus* propio, debe buscar lecturas que nunca recibió en la escuela, debe sortear el silencio y el miedo de sus familiares sobrevivientes, debe desafiar el olvido general. Los testimonios que dejan hoy los hijos de desaparecidos son

documentos históricos de una época que se gestaron de una necesidad vital por conocerse a sí mismos. Revelan el lado más oscuro de la historia que, aunque difícil, es necesario para entender el pasado y el presente de la Argentina.

Los testimonios de los hijos como continuación del Nunca Más

El Informe que produjo la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), el *Nunca Más* (1984), incluye a los hijos de los desaparecidos en varias secciones. Pero precisamente porque la mayoría de los hijos eran todavía niños, su testimonio directo no tuvo espacio en ese canónico documento oficial. El reporte recoge los testimonios que pudieron dar los familiares sobre los niños y los adolescentes víctimas del secuestro de sus padres y también algunos de esos niños víctimas del secuestro y desaparición. Según sus datos, y sobre una base de casi nueve mil denuncias de desaparecidos⁴, el informe calcula que un 10% de los detenidos desaparecidos eran menores de 20 años y el 70,78% tenía entre 21 y 35 años. A pesar de dar múltiples estadísticas, el *Nunca Más* no incluye un cálculo del número de hijos que dejaba la larga lista de detenidos-desaparecidos, cuántos de ellos quedaron huérfanos de padre, madre o ambos, ni al cuidado de quién.

La CONADEP incorpora en breves párrafos el fenómeno de los nacimientos en cautiverio (302). Hoy se estima que cerca de 500 bebés fueron apropiados por las fuerzas represivas durante la dictadura. La reconstrucción de la identidad que hacen los hijos de mujeres secuestradas durante el embarazo y asesinadas después de dar a luz tiene características propias que dependen de quiénes y cómo fueron sus padres de crianza, a qué edad supieron la verdad sobre su origen e identidad, cuándo y cómo conocieron a sus familiares de sangre. Nueve de esos casos han sido relatados por Analía Argento en el libro *De vuelta a casa* (2008). Muchos han sido identificados por el proceso que lograron establecer las Abuelas de Plaza de Mayo con el uso de la genética y cada nuevo hallazgo se convierte en una noticia reproducida por todos los medios y bien recibida por el público.

Una corta sección del capítulo “Víctimas” del *Nunca Más* se subtitula “Secuelas en los niños” y relata tres casos de los más severos: la grave enfermedad que desarrolló un bebé nacido después de la tortura de su madre, el paro cardíaco de un niño de 12 años poco tiempo después de haber presenciado el violento secuestro de sus padres, y

⁴ Desde los primeros años de la dictadura, las organizaciones de derechos humanos en la Argentina han calculado en 30 mil el número de desaparecidos.

el suicidio de una niña que vio morir a su madre (317-320). A pesar de los serios efectos en los niños, las víctimas más jóvenes y vulnerables de la violencia del Estado, quedaron institucionalmente desamparadas desde la infancia⁵.

En el apartado “La familia como víctima” del capítulo II del informe *Nunca Más* se resume claramente el ambiente familiar de suma adversidad en que quedaron los hijos:

La metodología de la desaparición de personas afecta de manera especial la estructura y la estabilidad del núcleo familiar del desaparecido. El secuestro (efectuado por lo general en presencia de familiares y/o allegados), el peregrinaje angustioso en busca de noticias por oficinas públicas, juzgados, comisarías y cuarteles, la vigilia esperanzada ante la recepción de algún dato o trascendido, el fantasma de un duelo que no puede llegar a concretarse, son factores que juegan un papel desestabilizador en el grupo familiar, como un todo, y en la personalidad de cada uno de sus miembros. Detrás de cada desaparición hay a veces un núcleo familiar afectado en lo más íntimo y esencial: el derecho a la privacidad, a la seguridad de sus miembros, al respeto de las relaciones afectivas profundas que son su razón de ser. (332)

El crimen de la desaparición de personas, que Gabriel Gatti llama “la perfección represiva” (2008, 47), no termina con la muerte, sino que comienza una cadena de profundas lesiones a la familia del desaparecido, que se prolonga a lo largo de la vida de los descendientes. Los testimonios de los hijos, que el *Nunca más* tuvo que dejar pendientes, dan cuenta de la continuación expansiva que han tenido los delitos de lesa humanidad en la Argentina. Las ramificaciones que tiene en los niños el secuestro y desaparición violenta de sus padres bajo un estado de terror y continua represión serían inimaginables sin los testimonios que hoy tenemos de ellos.

Los testimonios de hijos publicados y reeditados en los últimos años en la cultura de los derechos humanos arraigada en la Argentina practican lo que se ha llamado política de la visibilidad (Rosa Linda Fregoso, citada por Gatti, 2011, 224). Ya sea impulsado por su participación en la agrupación H.I.J.O.S. o respondiendo al llamado de editores, cada hijo que da testimonio ha convertido la vulnerabilidad de su pasado en un relato de auto-valorada afirmación de su identidad. En esta práctica busca y ha encontrado un reconocimiento que es una forma de justicia.

⁵ La asistencia social que los hijos necesitaban e iban a necesitar a corto y largo plazo no se concretó durante el primer gobierno pos-dictadura de Raúl Alfonsín (1983-1989). La primera indemnización económica por la desaparición de personas llegó recién en el año 1994 durante el segundo mandato presidencial de Carlos Menem (1989-1999). En el año 2004 se promulgó una nueva ley reparatoria, conocida como “Ley de Hijos”. Ésta otorga una indemnización a los nacidos en cautiverio y a los detenidos durante su infancia, como también a quienes sufrieron sustitución de identidad.

A modo de conclusión

En el prólogo de *Huellas* (2017), Hernán Cardinale propone a los testimonios de hijos de desaparecidos como la historia con la cual enfrentar el modelo neoliberal que impuso el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019) y nos recuerda que la generación de sus padres desaparecidos fue la que planteaba una identidad cultural con dignidad laboral. Sugiere que entendamos “la Historia como un modo de la Justicia”, que se sostiene practicando la memoria repetidamente, “como una voluntad contra el desdén y el olvido” (8). Según se desprende de sus líneas, la nefasta política de desaparecer personas para implementar medidas económicas sin resistencia popular es refrendada en el presente por quienes debilitan la capacidad para trabajar de las organizaciones de derechos humanos y denigran su existencia. Así, este prólogo expone los discursos que se enfrentan en el campo de los derechos humanos en este país.

El trabajo y los reclamos de las organizaciones de derechos humanos en la Argentina han conseguido un consenso y un respaldo general de la sociedad que todavía sorprende a los políticos que asumen cerrar el capítulo de la dictadura en la historia del país. Aunque muchos hijos pertenecen a esas organizaciones, no todos están asociados a ellas. Algunos hijos se expresan críticos del pasado o al margen de debates que no los representan y estos textos los incluyen. Que las publicaciones mencionadas pertenezcan a dos casas editoriales comerciales (Planeta y Sudamericana), dos de universidades nacionales (Eudeba y Universidad Nacional de Quilmes) y una cooperativa gráfica (Editorial El Zócalo), indican el amplio interés de editores y lectores en los testimonios y los relatos personales de hijos. Pero también es cierto que, con la excepción de *Hijos de los 70*, los autores son todos familiares de desaparecidos por la dictadura.

Los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner (2003-2015) asumieron una política de Estado de condena de las violaciones a los derechos humanos e impulsaron una política de la memoria. Sin dudas ese estímulo tuvo que ver con el incremento de testimonios de hijos disponibles hoy y la publicación de los textos mencionados. No obstante, más allá de partidos y políticas, que la sociedad se interese por su azarosa historia reciente y reconozca el valor de los testimonios de hijos es importante para el futuro de la democracia argentina. El diálogo y los debates que originen no pueden más que avanzar su arduo pero necesario análisis. Por último, mientras más testimonios se hagan públicos mejor y más completo será el conocimiento y comprensión de la historia.

El testimonio de todos los que tienen la valentía de contribuir construye un archivo histórico que es patrimonio nacional. Sin embargo, no todos los sobrevivientes

de la represión estatal pueden dejar un testimonio escrito u oral. Por eso el archivo se edifica con todo tipo de material documental y artístico, como la literatura, la plástica, la fotografía, el cine y el teatro. Al patrimonio inmaterial de la lucha por los derechos humanos podemos sumar los rituales de protesta y reclamo de las Madres de Plaza de Mayo en sus rondas de los jueves, los escraches de H.I.J.O.S., las marchas del 24 de marzo por el aniversario del Golpe de Estado de 1976 y los emotivos anuncios de las Abuelas de Plaza de Mayo sobre nietos recuperados. Muchos de los hijos de desaparecidos participan de estas formas colectivas de dar testimonio.

Bibliografía

- Acedo Alonso, Noemí. “El género testimonial en Latinoamérica: aproximaciones críticas en busca de su definición, genealogía y taxonomía”. *Latinoamérica: Revista de Estudios Latinoamericanos* 64 (2017): 39-69.
- Arenes, Carolina y Astrid Pikielny. *Hijos de los 70*. Buenos Aires: Sudamericana, 2016.
- Argento, Analía. *De vuelta a casa: Historias de hijos y nietos restituidos*. Buenos Aires: Editorial Marea, 2008.
- Azurmendi, Eugenia, Esteban Lorenzano, Martín Elías, Felipe Fernández y Paula Silva Testa. *Huellas: voces y trazos de nuestra memoria*. Buenos Aires: El Zócalo, 2017.
- Beverley, John. *Testimonio: On the Politics of Truth*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004.
- _____. “La crítica del testimonio y el giro neoconservador (sobre un libro de Beatriz Sarlo)”. En *Testimonio: sobre la política de la verdad*. Editado por John Beverley, Irene Fenoglio, y Rodrigo Mier. México DF: Bonilla Artigas Editores, 2010, 137-148.
- Bonaldi, Pablo. “Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria”. En *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Editado por Elizabeth Jelin y Diego Sempol. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006, 143-184.
- Bravo, Nazareno. “H.I.J.O.S. en Argentina. La emergencia de prácticas y discursos en la lucha por la memoria, la verdad y la justicia”. *Sociológica* (México) 27:76 (2012): 231-248.

- Burke Harris, Nadine. *The Deepest Well: Healing the Long-Term Effects of Childhood Adversity*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2018.
- Ciollaro, Noemí. *Hijos del sur. Testimonios de hijos de detenidos-desaparecidos de Quilmes*. Bernal: Universidad de Quilmes, 2014.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. *Nunca Más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.
- Da Silva Catela, Ludmila. *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2001.
- Druliolle, Vincent. "H.I.J.O.S. and the Spectacular Denunciation of Impunity: The Struggle for Memory, Truth, and Justice and the (Re-)Construction of Democracy in Argentina". *Journal of Human Rights* 12 (2013): 259-276.
- Forcinito, Ana. "Testimonial Narratives in the Argentine Post-Dictatorship: Survivors, Witnesses, and the Reconstruction of the Past". En *Post-Authoritarian Cultures*. Editado por Luis Martín-Estudillo y Roberto Ampuero. Nashville: Vanderbilt University Press, 2008, 77-98.
- Gatti, Gabriel. *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Trilce, 2008.
- _____. *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo, 2011.
- Gelman, Juan y Mara La Madrid. *Ni el flaco perdón de dios. Hijos de desaparecidos*. Buenos Aires: Planeta, 2017.
- Jaroslavsky, Andrés. *The Future of Memory: Children of the Dictatorship in Argentina Speak*. London: Latin America Bureau, 2003.
- Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. *Leyes reparatorias*.
<https://www.argentina.gob.ar/derechoshumanos/proteccion/leyesreparatorias>.
- Munczeck Soler, Débora. *El impacto psicológico de la represión política en los hijos de los desaparecidos y asesinados en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 1996.
- Nosiglia, Julio E. *Botín de guerra*. Buenos Aires: La Página, s/a.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.
- Semilla, María Angélica. "¿Hacia la derrota de la ficción? La historia en palabra y hueso: Ni el flaco perdón de dios de Juan Gelman y Mara La Madrid". *América: Cahiers du CRICCAL* 24 (2000): 191-198.
- Sivak, Analía. *Hijos de la Argentina: donde quiera que estén. . .* Buenos Aires: Eudeba, 2015.